

Solidaridad en el estado Sucre

Una crecida del río Manzanares

La Comunidad Compasionista*



AVN

La comunidad se organiza para ayudar a sus vecinos en los pueblos La Fragua y Las Trincheras, después que más de ochenta casas quedaron inhabilitadas

Las hermanas de la compasión estamos en el municipio Montes del estado Sucre de Venezuela hace 27 años. Llevamos adelante las tareas pastorales, juveniles y culturales en la Vicaría de San Lorenzo atendiendo a los pequeños pueblos de San Lorenzo, La Fragua, Las Trincheras, La Manga y La Peña.

Hace ya dos meses una noticia llenó las primeras páginas de los diarios de Venezuela: un temporal arrasó varios pueblos y barrios del Oriente del país. Llovió fuertemente por las cabeceras del río Manzanares que desemboca, por Cumaná, en el Mar Caribe. Creció tanto que salió de su cauce, arrastrando lodo, árboles y cuanto material se encontraba a su paso. Resultado: en La Fragua y Las Trincheras quedaron totalmente inhabilitadas más de ochenta casas. El número de habitantes, de ambos pueblos, es de aproximadamente cuatrocientos en cada uno.

Fueron días de mucho dolor por la pérdidas materiales –no hubo ni una víctima humana, a pesar de que las crecidas fueron antes de amanecer– del esfuerzo de toda una vida que iba tomando forma en la casa con sus muebles, la cocina con cerámica, el porche de entrada, cada uno según su gusto y posibilidades. Generalmente las viviendas en esta zona son de autoconstrucción. Toda una vida construyendo aquello que en una madrugada el río se llevó sin pedir permiso, dejando lodo, boquetes abiertos en las paredes y alarma en sus moradores. Las familias afectadas han sido acogidas por otras familias solidarias que han multiplicado los espacios, la comida y la humanidad.

Pasó más de un mes. La gente va reaccionando, algunos acomodan lo dañado y su esperanza revive en paredes nuevas de sus casas parcialmente destruidas. Otros, con sus casas inhabilitadas, siguen esperanzados en que el Gobierno cumpla con las promesas de viviendas para todos.

Han aprendido a organizarse, a sonreírle a la vida porque, para muchos, la vida es lo único que les queda. Y reciben con agradecimiento

todo aquello que llega desde instancias gubernamentales, comercios o particulares del mismo pueblo o pueblos vecinos. Y una constante: Chúo, Marisol, Mary, Yudih y Yusnerlys, entre otros, siempre *al pie del cañón*, con su cuaderno para anotar las entradas y después, cuando se convoque, la distribución de comida, ropa, agua, medicinas y pañales. Lo que necesitamos para vivir, y de ahí van aprendiendo que lo importante en la vida se reduce a muy pocas cosas y en ocasiones pasa por manos amigas y solidarias.

Y UNA CRECIDA EN LA FE

Y la organización marchó de lo mejor. La capilla evangélica y la católica también han quedado inhabilitadas. En comunidad se nos ocurrió, viendo las experiencias tan bonitas entre vecinos, que si la crecida los había unido por qué no reunirse todos para dar gracias al mismo Dios de vida. Se lo propusimos a algunos de los coordinadores y lo acogieron con agrado. Y pusieron manos a la obra en la convocación de los vecinos y así fue como el pastor Jean Carlos y la hermana Josefina, se encontraron para compartir juntos la acción de gracias al Padre, porque esa es la señal de que Dios está muy cerca (Ex 3,12).

Y con el salmo 19 y la parábola del Samaritano, leídos por los dos responsables de las iglesias, escuchadas con atención por todos, iban abriéndose los corazones agradecidos a Dios y a tanta solidaridad. Y no había distingos entre evangélicos y católicos. Ante la unión para salir adelante en lo material creció el deseo: ¿por qué no mantenernos unidos también en la oración comunitaria, alimento de nuestra fe?

El padre nuestro rezado con *sentimiento palpable* y el abrazo de paz entre todos iba poniendo de manifiesto que con buena voluntad y buscando lo fundamental, son fáciles muchas cosas, las más importantes en la vida seguramente, aunque con muchas carencias materiales. También esta pequeña celebración *ecuménica*, de comunión vital entre todos y por ello, tan simbólica y liberadora.

SINTIÉNDONOS IGLESIA

Estamos rebosantes decía alguien al terminar la celebración. Porque, casi de sorpresa, tuvimos el gesto cercano del nuncio de su Santidad que quiso venir a ver la situación y escuchar cómo habían vivido el desastre de la naturaleza y la reconciliación y unión entre los vecinos.

Y de nuevo, ante la situación, la sencillez del nuncio, el obispo, que ciertamente hubieran estado mejor sin sus ropajes blancos, y el párroco de Cumanacoa, nos hicieron sentir a todos que somos parte de una gran familia que, siguiendo al primer caminante, vamos hacia la casa defi-



AVN

nitiva de la hermandad, la ayuda y la celebración mutua. Ayudándonos a llevar los unos las cargas de los otros. Pietro Parolini, que así se llama el nuncio, se comprometió a usar sus buenos oficios ante las instancias gubernamentales para que cumplan con la palabra dada por el Presidente. Por ahora, las promesas van por buen camino.

Pietro escuchó, preguntaba algunas cosas y oía con atención las respuestas. Luego nos dijo que había sido discípulo de todos los allí presentes porque había descubierto tres cosas: el valor de la vida humana –tan señalado por los presentes en sus intervenciones–. La fe de un pueblo que descubre que Dios lo acompaña y le da fuerza para seguir luchando. Y la unidad que le ayuda a sobreponerse con alegría ante la adversidad.

Y ahora me pregunto: ¿Por qué esta actividad no ocupó ningún primer plano en las noticias del día siguiente? ¿Los desastres son más importantes que la unión solidaria de nuestro pueblo?

¡No importa! Sin muchas comodidades, sin muchas cosas materiales, hay gente que con la sonrisa *de oreja a oreja* dice: *estamos rebosantes*. Es eso lo que nos gustaría escuchar siempre: símbolo de que estamos contentos, amigos, satisfechos en lo humano, con el calor del hermano cercano. Y acompañados por el Dios de vida, que descubrimos como protector de los pequeños.

*Las hermanas de la compasión, municipio Montes del estado Sucre, Venezuela.